

“Soy la Madre y el Niño, Soy Dios, Soy la Materia”

Dra. Luisa Romero de Johnston

En su obra *Astrología Esotérica*, el Maestro Tibetano Djwhal Khul dice: “Virgo es el signo más significativo del Zodíaco, porque su simbología concierne a la meta del proceso evolutivo, la cual consiste en proteger, nutrir y por último revelar la realidad espiritual oculta.” Por su parte, la nota clave de Virgo se refiere a lo divino en la materia como una potencialidad propia de ésta, y que por lo mismo determina su condición espiritual.

Esto nos coloca ante ese postulado básico de la Filosofía Esotérica, relativo a una Energía primordial o principio VIDA que, al manifestarse, produce todo lo que existe. Principio que se interpretaría como una potencialidad que se mantiene fiel a sí misma, sea como núcleo latente del Universo o como la multiplicidad de formas en las cuales se expresa. Una potencialidad omnipresente, inagotable, porque ella misma genera el instrumento y el mecanismo para su revitalización, conservación y permanencia.

Así, apreciamos a la materia como ese instrumento imprescindible, sobre el cual juega una serie de acciones traducidas en Leyes, gracias a las cuales se produce el maravilloso proceso que llamamos evolución.

Este proceso evolutivo, cuya consideración simplista nos lo hace aparecer como un juego entre unidad y dualidad, se presenta ante nuestra limitada visión como la fórmula por la cual la Energía primigenia se revitaliza a sí misma una y otra vez, garantizando de esa manera Su existencia eterna, su inagotabilidad. Algo como el ir y venir de las aguas del mar, siempre en movimiento, repitiendo ese ejercicio hasta lo infinito, enfrentándose, chocando entre sí para demostrar su poder y renovar su energía.

En este proceso, la forma, la materia, aparece como algo necesaria para la expresión de la Vida. Es como el espejo donde se refleja lo inmanifestado, el destello que surge para que la oscuridad pueda – por contraste – reconocerse como tal.

Esta Oscuridad de lo no manifestado, es la de Aquello sin nombre; Aquello desconocido que trasciende los límites de tiempo y espacio, la expresión del sonido y la nada del silencio, y de lo cual surge y a lo cual retorna la luz de lo manifestado; diferente de la que se produce cuando esta luz es oscurecida por la densidad de la materia.

Es importante reflexionar sobre estos conceptos relativos a la oscuridad. El primero concierne el estado pre-genésico, esa “Divina Oscuridad” de la que habló Dionisio el Areopagita y al cual se adhiere Dom Bede Griffiths cuando nos insta a trascender la imaginación y los pensamientos para entrar en esa Divina Oscuridad y poder encontrar a Dios. El segundo atañe a la ocultación del fenómeno luz – propio de la forma – en la densidad de ésta que así es llamada sombra.

Las referencias a la Oscuridad, cuando se habla de la potencia causal de la que se origina toda existencia, están presentes en las enseñanzas básicas de la Sabiduría Antigua transmitidas a través del tiempo.

Así, el “Libro de Dzyan” (La Doctrina Secreta, Vol. 1) profundiza: “Sólo tinieblas llenaban el Todo sin límites, pues Padre, Madre e Hijo eran, una vez más, Uno. (Est. 1) ¿Dónde estaban los Constructores, los Brillantes Hijos de la Aurora del Manvantara? ... En las Tinieblas Desconocidas ... Los Productores de la Forma, derivada de la No Forma, que es la Raíz del Mundo ... reposaban en la felicidad del No Ser.... El Rayo no había brillado aún hacia dentro del germen.... Los siete no habían nacido todavía del Tejido de Luz. El Padre-Madre, Svabhávat, era sólo Tinieblas.... El Universo estaba aún oculto en el Pensamiento Divino y en el Divino Seno.” (Est. 2) Por su parte, el Maestro Tibetano D.K., en su obra *Tratado sobre Magia Blanca* atribuye al Espíritu los términos de Vida – Padre – Positivo – Oscuridad, en tanto que a la materia da los nombres de Forma – Madre –

Negativo – Luz. Y en el Génesis leemos que antes de que fuera hecha la Luz “las Tinieblas estaban sobre la haz del abismo.” (Gen:I,2)

Pero también sobre el concepto de Luz debemos reflexionar. Pues a pesar de que, considerado de manera simplista, pareciera ser solamente el opuesto a la oscuridad – introduciendo así un segundo elemento para llevarnos al concepto de un Universo dual – esa Luz, producto de la Oscuridad, es esencialmente una con Esta.

Así la tercera Estancia de Dzyan dice: “El Germen es Aquello, y Aquello es la Luz.” Y Estancia IV dice: “Del resplandor de la luz – el Rayo de las Eternas Tinieblas – surgen en el Espacio las Energías.”

Por lo tanto, cuando dirigimos nuestros pensamientos, nuestra devoción y aspiración hacia Lo Supremo, es correcto que Lo concibamos como un centro de Luz, pues eso es Él; aunque La guarde en Sí debido a la abstracta condición de potencialidad pura que Le es característica.

A esto, a concebir el origen, la Causa Una, como una fuente potencial, es a lo máximo que podemos llegar. Y aun así, por muy abstracto que nos parezca este concepto, debemos reconocer que es producto de nuestra mente finita, a cuyas escasas posibilidades estamos sujetos.

El pensamiento abstracto, instrumento del Ser Superior y vía para lograr la Sabiduría es – por ahora – para nosotros sólo un ejercicio especulativo; aunque gracias a las Leyes que gobiernan el proceso evolutivo, sea también una firme posibilidad.

Por ello, nuestra vía es tratar de llegar a la causa analizando su efecto. Es así como el estudio del mundo fenoménico, el estudio de la materia, cobra real importancia porque es el nivel en el cual nos encontramos, el mundo al cual tenemos acceso y el único que, por ahora, podemos llegar a comprender. Y si, como dice el Maestro Tibetano D.K., “la materia ampara, cobija y nutre al alma oculta,” el hombre que logre desentrañar los secretos de la materia llegará a conocer la realidad del Espíritu. Dentro de este orden de ideas, y en relación con lo antes expresado acerca de la Oscuridad como origen y destino del mundo objetivo, muy bien podría caber el estudio comparado de ese fenómeno que apasiona a la Astrofísica y se conoce con el nombre de “agujero negro,” explicado por la ciencia como un centro de energía absorbente tan poderoso que es capaz de atraer toda la luz que le llega hasta hacerla desaparecer en su interior.

El mensaje de Virgo, cuando representando a la materia, asume su significación como Madre e Hijo, su condición divina y su papel de protectora, nutriente y reveladora de la “realidad espiritual oculta,” es de nuestro especial interés, porque nos atañe directamente como seres humanos, chispas espirituales encarnadas, antes de marcada expresión material.

Virgo nos dice que ella, la Madre, es también el Hijo; que la materia es Dios, y que en ella se encuentra oculto el Espíritu que debe ser revelado para que se cumpla el proceso evolutivo.

De nuevo hemos de adentrarnos en un ejercicio de reflexión profunda para tratar de entender este mensaje y encontrar nuestro lugar en tal marco de referencia: Lo Absoluto es la causa una. El guarda en Sí la total capacidad potencial. Él es la Vida de la cual surge y en la cual mora toda manifestación. El crea la Substancia Primordial, una abstracción, una potencialidad de la materia original que aguarda un estímulo para aparecer. Lo Absoluto, actuando como “Mente Universal Inconsciente” expresa Su Voluntad, proyecta Su fuerza sobre esa Substancia Primordial, la organiza, le imprime su ideación; así nacen las formas y se expresan las Leyes que las gobiernan, que son la manera organizada como lo subjetivo procede a hacerse objetivo. Primero fue el material para trabajar, luego la vitalización y la ordenación. Primero la abstracción potencial, luego el impulso para concretar. De lo No Manifestado nace la manifestación; de la Oscuridad, la Luz; del Padre, la Madre; del Espíritu, la Materia.

Así, se establece un Universo dual, bipolar; lo cual introduce de inmediato la presencia de un tercer factor fruto de Su interacción: el Hijo, relación imperativa entre esa dualidad, y que resultará en el conocimiento mutuo: la Conciencia.

De esta manera – se nos enseña – se crean todas las formas, todas las manifestaciones de la existencia. Así la Vida Una se prodiga en las múltiples vidas, sin perder Su condición de unicidad,

manteniéndose fiel a Su esencia, siendo Ella misma a pesar de la diversidad; porque esa Vida es Todo y no existe nada fuera de Ella.

En esa cualidad reside la posibilidad del retorno al centro original; la posibilidad de la síntesis por la cual todo lo que fue exteriorizado puede retornar al interior, todo lo objetivo puede volver a ser subjetivo, todo hijo puede regresar al Padre.

Este juego de objetividad y subjetividad, de luz y oscuridad, es el juego de la evolución. Regido por lo Absoluto, Aquello que no tiene nombre, requiere de la forma, la materia, para su expresión cabal. Es el juego entre el par de opuestos, del cual ha de surgir un elemento intermedio capaz de reunir lo aparentemente separado en una mutua conciencia; de fusionar los dos en uno y lograr la reintegración al cero.

El “desenvolvimiento” y la “revelación” de esa conciencia o alma son – según nos enseña el Maestro Djwhal Khul – “el objeto por el cual la Vida adquiere forma, y también el propósito por el cual se manifiesta el ser.” Gracias a esto, el Hijo crece en experiencia y llega a ser capaz de realizar en sí las cualidades del Padre para convertirse en Él.

De esta manera, queda claramente establecida la importancia de la materia-madre, como también la razón por la cual Virgo – su representación zodiacal – es considerado el “signo más significativo del Zodíaco,” ya que representa al elemento imprescindible para la evolución de la conciencia, para la presencia plena del alma. La materia es la manifestación complementaria de lo inmanifestado, la custodia de lo divino, de lo espiritual depositado en ella; el punto donde concurren el final de la ida y el comienzo del retorno, en ese eterno viaje que el Creador repite “edad tras edad,” y que produce la aparición periódica de la Luz seguida de su abstracción en la Oscuridad.

En el descenso, la condensación de la Luz – al manifestarse en grados de materia cada vez más compacta – la lleva al mundo de las sombras, limitando su expresión pura, la cual queda supeditada al grado vibratorio del instrumento de su expresión. Por su parte, la marcha ascendente del proceso evolutivo va produciendo la liberación progresiva de la Luz en la escala de formas del Universo. La Luz de la materia va siendo rescatada por el trabajo del hijo – la ampliación de la conciencia – que la va aproximando al Padre.

En este trabajo ascendente está involucrada toda manifestación, desde el átomo más pequeño hasta las formas más complejas: planetas, sistemas, galaxias o los seres más elevados. Comprende todo aquello que, por manifestado, posee conciencia, aunque esté expresado en las modalidades más sutiles de la materia – lo que es decir la energía más pura o la luz más pura – pues sabemos que materia, energía y luz son sinónimos. Así, por utilización, por ascenso en la escala vibratoria mediante la cual ocurre la manifestación, la materia retorna a su estado original espiritual. Esto va de acuerdo con el concepto transmitido por H.P.

Blavatsky cuando enseña que Espíritu es materia en una vibración más elevada y materia es Espíritu en una vibración inferior. Cada etapa del viaje eterno finaliza, cuando la conciencia ha adquirido la máxima expresión y la luz alcanzada el máximo grado a que les corresponde llegar en ese periplo.

En la vida del buscador, Virgo representa el inicio del despertar. El hijo en gestación comienza a hacerse sentir, a transmitir su voluntad de nacer; esta voluntad encuentra eco en la madre que, en respuesta, se dispone a dar paso a ese nacimiento. Hay una acción mutua de estímulo compartido que va a traer como consecuencia lógica el establecimiento de un estrecho vínculo donde está implícita una relación más amplia que incluye al factor originante: el Padre.

La materia justifica su existencia, guardando la esencia espiritual y tomando parte en el maravilloso proceso de preparar Su retorno. En la simbología del Zodíaco, Virgo representa el sacrificio de la madre que mantiene en gestación al hijo hasta que éste puede enfrentar la vida, salir a la luz y cumplir su misión. Es un acto de servicio y de amor que habla por sí solo de la condición espiritual de la materia y de su posibilidad de revelar al Espíritu – su verdadera esencia – ya que de ella no podría salir algo diferente o contrario. Por su parte, el hijo es, no sólo la traducción de ese estado espiritual de la madre, sino el testigo de que tal es – también – la condición del padre.

Virgo es el punto de partida para el regreso que el Espíritu encarnado debe emprender, en un

momento decisivo del tránsito cíclico, al que la Vida se somete en Su necesidad de expresarse y adquirir plena conciencia. La divinidad inmanente en la manifestación hombre debe florecer en la divinidad real del Ser espiritual.

Es interesante estudiar el significado de los signos del Zodíaco y la influencia que, como complejos energéticos, tienen sobre el hombre y su evolución. Influencia que depende del grado de desarrollo y estado de conciencia alcanzados por él. Así, Virgo, que tiene estrecha relación con el triple vehículo inferior, con la llamada “Crisis de la Encarnación” y las vivencias que el hombre debe adquirir mientras cumple con la cadena de renacimientos en la forma, irá ayudando a moldear el hombre nuevo que ha de surgir.

Primero, como fuerza primitiva propia de la sustancia, preservando la vida; luego, como la madre que cuna en su seno al germen de lo que habrá de manifestarse como vida espiritual – lo cual supone en el ser humano un trabajo de redención de la personalidad, con el desarrollo del intelecto, de la capacidad de pensar y razonar, y la sensibilización paulatina a la influencia del alma o conciencia. Esta es la antesala del despertar espiritual que dará paso en su oportunidad al nacimiento del Hijo, la revelación del principio Crístico oculto en la materia.

Todo este período preparatorio – el primero de tres consecutivos y ascendentes – tiene lugar a través de múltiples y secuenciales encarnaciones, mediante las cuales el ser evolucionante recibe la influencia de las energías representadas por los diferentes signos del Zodíaco y sus regentes exotéricos, pero especialmente de Géminis, Sagitario y Piscis que, junto con Virgo, ejercen una acción destinada a estimular a la personalidad hacia su integración en un estado de conciencia que le permita reconocer en sí al principio Crístico inmanente en todo hombre.

Tales signos componen lo que la “Astrología Esotérica” denomina la “Cruz Mutable,” el conjunto concertado de estímulos calificados que el ser humano común necesita para que pueda ir ampliando el conocimiento de sí mismo y su capacidad de conocer y relacionar voluntariamente sus componentes, hasta lograr la percepción del principio Vida; y para que llegue a desarrollar la conciencia de masas, lo cual le permitirá integrarse a la humanidad. Así, el hombre común se prepara para convertirse en un aspirante.

La figura de la Cruz es significativa, porque señala las direcciones hacia las cuales el ser evolucionante debe dirigir su atención: la dirección vertical hacia su núcleo espiritual regente y la horizontal hacia las manifestaciones de esa presencia espiritual en el entorno. Esta figura en cruz que representa las dos direcciones originales del movimiento creador: descenso y expansión, es la manera sintética de representar la globalidad de la proyección de la conciencia, cuando obedeciendo a las leyes divinas y al propósito de la existencia trabaja para hacerse omniabarcante.

Así ocurre con la totalidad, por eso se nos enseña que todas las formas en el Universo son esféricas, aludiendo sin duda a esta característica de la conciencia como capacidad de relación-conocimiento-respuesta, tanto en sentido vertical como horizontal; tanto en lo que concierne al mundo del ser individual como en lo que corresponde a su mundo complementario, aquel en el cual se desenvuelve.

Es la cruz original, donde cada brazo gira armoniosamente en su propio plano, alrededor de un único centro, provocando una radiación global, y formando así una esfera que simboliza el ámbito alcanzado por la conciencia del ente que, de esta manera se manifiesta y evoluciona.

Entender este concepto de esfericidad y su significación es de fundamental importancia para nosotros, limitados por el bajo grado de comprensión de nuestra mente concreta. Por eso, debemos atrevernos a realizar un ejercicio mental que nos aproxime a lo que pudiera ser, la puerta hacia el conocimiento de la Vida, Esa que intuimos eterna, inagotable, en constante movimiento y crecimiento y animando a toda existencia.

Sólo dentro de este concepto de esfericidad podemos concebir la Vida con las cualidades que le atribuye la enseñanza esotérica: sin principio ni fin; Su centro en todas partes; en constante movimiento de emisión y absorción; inagotable; omnipresente; con la potencialidad de una energía intrínseca en lo no manifestado y la fuerza de una energía actuante en lo manifestado; con la facultad de ser al mismo tiempo oscuridad y luz, y la posibilidad de enfrentarlas para que de esos opuestos

nazca la Luz de la conciencia, cuyo desarrollo es el propósito de Su manifestación. Es dentro de este concepto de esfericidad – cuyos alcances son motivo de investigación por parte de la ciencia – donde cabe la comprensión de una materia-Dios como proclama Virgo; una materia en la cual – a pesar de que ocupa el extremo de la manifestación – el principio que la ha creado, no sólo no se agota sino que conserva la capacidad de volver a ser igual a sí mismo.

De allí que en la simbología ocultista, el estado pre-genésico donde la Suprema Energía aún no se manifiesta es representado con un círculo, y que otro hermoso símbolo – la serpiente que se muerde la cola – sea una acertada demostración gráfica de la idea en la cual lo emanado vuelve al origen para desaparecer en él.

Ese juego de Oscuridad-Luz-Oscuridad, de emisión y absorción, de pluralidad y síntesis, se repite infinitamente en movimientos circulares abiertos, sucesivos y continuos, de tónica vibratoria ascendente, formando una espiral donde cada círculo representa el transcurrir de un segmento de esa Vida eterna, con su carga de experiencias y realizaciones que, lenta e inexorablemente van conduciendo a la materia a sufrir una serie de estímulos, lo cual se irá traduciendo en su perfeccionamiento y sutilización para que oportunamente pueda revelar el misterio que oculta.

El comienzo de esa revelación ocurre cuando se rompe el equilibrio dinámico en el cual se hallan Espíritu y materia en ese punto extremo del descenso. El impulso evolutivo, propio de la esencia vital e intrínseco en todo acto de la creación, estremece a la materia, la despierta, la reorienta hacia el punto de origen. Ese impulso está representado por el Hijo, el Alma, el intermediario trasmisor de la potencialidad espiritual.

Bajo Su influjo, la forma se va haciendo respondiente, capaz de ir expresando su condición espiritual y establecer las relaciones con las que se construirá el sendero de retorno, el cual culminará en ese punto de equilibrio dinámico superior donde todo lo creado regresa al estado original, produciéndose la absorción o síntesis con la consiguiente oscuridad de lo inmanifestado.

Este retorno al estado puro primario es la gran etapa culminante en la historia del Universo en general y en la de cada una de las partículas que lo forman; en la historia del hombre, de los reinos que ha dejado atrás y de los que debe alcanzar.

Ese ir y venir de la Energía, mostrándose en sucesivas y graduadas manifestaciones aunque siempre fiel a Sí misma, y el hecho – cabalmente comprobable a nuestro nivel – de que posee capacidad para evolucionar e ir logrando la perfección, atestiguan Su ubicuidad e inagotabilidad y garantizan nuestra esperanza de llegar a Ser; y, al motivar nuestra reflexión, nos llevan a comprender una de las enseñanzas fundamentales de la Ciencia Ocultista: que tal Energía o Vida está dotada de Voluntad, Amor-Sabiduría y Actividad Inteligente.

Hagamos, pues, un ejercicio de comprensión, una proyección de la mente hacia los campos más allá de la manifestación material, y así iremos entrando en la esencia de las cosas y los hechos; el mundo de las causas, donde puede percibirse la acción de la energía pura del Espíritu y comenzar a captarse el valor de lo objetivo como una modalidad representativa de Aquello que, a pesar de mostrarse en su apariencia más densa y limitada permanece siempre Sutil, Ilimitado y Puro.